

COLAPSO SOCIAL Y RENOVACIÓN SOCIAL: LA GRAN SOCIEDAD

*She looked over his shoulder
For vines and olive trees,
Marble well-governed cities
And ships upon untamed seas,
But there on the shining metal
His hands had put instead
An artificial wilderness
And a sky like lead.*

*A plain without a feature, bare and brown,
No blade of grass, no sign of neighbourhood,
Nothing to eat and nowhere to sit down,
Yet, congregated on its blankness, stood
An unintelligible multitude,
A million eyes, a million boots in line,
Without expression, waiting for a sign.*

WH Auden, *The Shield of Achilles*

*Ella miró buscando por sobre su hombro
Viñas y olivos,
Bien gobernadas ciudades de mármol
Y barcos sobre mares indómitos,
Pero allí sobre el metal brillante
Sus manos habían puesto en cambio
Un yermo artificial
Y un cielo de plomo.*

*Una planicie sin nada distintivo, desnuda y marrón,
Ninguna hoja de hierba, ningún signo de vecindad,
Nada para comer y ningún lugar donde sentarse,
Y aún, congregada sobre esa monotonía, se erguía
Una ininteligible multitud,
Un millón de ojos, un millón de botas en fila,
Sin expresión, esperando un signo.*

WH Auden, *El escudo de Aquiles*
(Traducción: Miguel de Asúa)

Auden retoma el momento en que Homero describe en *La Ilíada* el escudo que Hefesto ha forjado para Aquiles, antes del clímax de la batalla que habrá de librar con el príncipe troyano Héctor. El escudo muestra los cielos, el océano, escenas de labranza y danzas y dos grandes

Jesse Norman es parlamentario por Hereford y South Herefordshire (Inglaterra), y miembro del influyente Comité Especial de Hacienda. Este ensayo es una adaptación de su nuevo libro *The Big Society* (UBP Press). www.jesse4hereford.com.

Traducción de Estefanía Pipino.

ciudades. Una ciudad vive en paz, con una boda y una disputa legal en proceso. La otra está en guerra, sitiada y en medio de una batalla encarnizada. Se trata de una magnífica metáfora del conjunto de la sociedad: de la humanidad y la naturaleza, del orden y el desorden, de la razón y la emoción, del derecho y el caos del combate.

No obstante, al menos en un aspecto, Auden lo mejora, ya que en su poema lo opuesto al orden no es el desorden, sino el vacío: los campos despojados de cultivos, no hay vida, ni amor, ni ingenio, ni propósito humano, individuos engullidos por una multitud que vaga sin rumbo. La sociedad ha perdido su significado. Homero tiene vida y muerte; sin embargo, la imagen del vacío y de la vulnerabilidad absoluta evocada por Auden es todavía más escalofriante.

Las preocupaciones actuales sobre la sociedad británica están muy alejadas de Auden. Sin embargo, antes de que la idea de la Gran Sociedad comenzara a ganar adeptos, era evidente que había una gran inquietud: una especie de pánico moral acerca de la dirección tomada por nuestra sociedad y en lo que se estaba convirtiendo. Se podía observar en la preocupación existente a raíz de los resultados de indicadores sociales como el nivel de drogadicción y la cifra de embarazos adolescentes. Se podía observar en el temor generalizado de que los pueblos y las ciudades estuvieran perdiendo su carácter local, y el país entero, su identidad nacional distintiva. Se podía ver en la falta de confianza, y en el sentimiento de que aquellos que estaban en el poder eran distantes, no se les podía exigir ninguna rendición de cuentas y eran incapaces de cambiar lo que necesitaba ser cambiado. Y se podía comprobar en la creencia, cada vez mayor, de que los valores básicos se estaban perdiendo en el consumismo y en la cultura del dinero.

A estas preocupaciones no les falta razón de ser. Por ejemplo, el rendimiento del Reino Unido está por debajo del de otros países de la UE en una amplia variedad de indicadores sociales: hemos tenido la cifra de consumo de drogas más alta de Europa durante al menos una década en casi cada gran categoría, incluidas la cocaína, las anfetaminas, el éxtasis y el cannabis. De entre los mayores países europeos ostentamos, de lejos, la

mayor cifra de consumo masivo ocasional de alcohol. Tenemos el peor registro de embarazos adolescentes y la proporción más alta de niños en hogares donde ninguno de sus miembros trabaja.

La posición de la gente joven es un indicador especialmente elocuente de lo que depara el futuro. Un informe de 2007 de UNICEF mostraba al Reino Unido cerca del final de una lista de veintiún países en bienestar material y educativo de los niños; y al final del todo en autoestima, conducta no saludable y calidad de la familia y relaciones con sus iguales. Otro estudio halló que más de 1,2 millones de jóvenes entre 16 y 24 años de Inglaterra, Escocia y Gales, algo menos que uno de cada cinco, ni trabajan, ni estudian, ni hacen prácticas (“ninis”). En el sector de jóvenes entre 16 y 19 años, la cifra es del 11%, el doble que en Alemania y Francia. Asimismo, hace poco se informó de que un niño de cada diez, menor de cinco años, es obeso.

Para empeorar aún más las cosas, estos problemas sociales no afectan por igual a toda la población. En términos generales, a los pobres les va peor que a los ricos, a los enfermos peor que a los sanos, a los de avanzada edad (y los muy jóvenes) peor que a los jóvenes, a los de minorías étnicas peor que a los blancos. El deterioro social es, por tanto, muy regresivo en términos sociales, algo que potencia el impacto de la desigualdad, cada vez más acusada en los niveles de riqueza y renta. Pero todos han resultado afectados en cierta medida: una encuesta muy significativa realizada en mayo de 2007 por *The Observer* reveló que los encuestados creían que, en general, el Reino Unido hoy era menos exitoso, menos agradable, más peligroso, menos abierto y mucho menos feliz que en 1997.

El diferente impacto de los factores sociales es especialmente evidente entre jóvenes y mayores. Los nacidos en los años cincuenta –la generación de Tony Blair y Gordon Brown– habitaron un Reino Unido relativamente seguro y cohesionado en términos sociales. Crecieron cuando el NHS (el Servicio Nacional de Salud) aún disfrutaba de sus tiempos gloriosos tras la guerra y ofrecía la mejor asistencia sanitaria gratuita del mundo a todos por igual. Relativamente pocas personas podían asistir a la

universidad pero aquellos que lo hacían no pagaban nada; de hecho, tenían la asistencia subvencionada. Los puestos de trabajo eran seguros y las pensiones se basaban en los salarios finales. Una pareja media podía esperar comprar su primera casa a partir de los veinte años. Los conflictos exteriores permanecían en el exterior. Hasta la aparición del IRA provisional había poca amenaza de bombas en las calles del Reino Unido. El nivel de delincuencia era bajo.

Estas ventajas no podían durar y no lo hicieron. A pesar de que sería absurdo que se nos humedecieran los ojos de nostalgia por la década de los cincuenta, las personas que crecen hoy en día disfrutan de pocas de aquellas ventajas. Pagarán –y mucho– por su educación superior y acabarán los estudios con una deuda significativa. Recibirán los cuidados de un NHS que ha sido superado en calidad y resultados por otros sistemas internacionales. Entrarán en un mercado de trabajo que cada vez tiene más competencia internacional. Cambiarán de trabajo y seguirán varios cursos de formación varias veces a lo largo de su vida. Probablemente comprarán un piso, no una casa, y en la treintena. Crecerán en un país donde el consumo de drogas es frecuente, y donde hay un temor generalizado al terrorismo y a la delincuencia violenta. No es de extrañar que un análisis reciente de la situación de la gente joven se llamase *Jilted Generation* (algo así como ‘generación abandonada’).

Como respuesta a estos problemas, el Gobierno británico no se ha caracterizado ni por sus políticas ni por sus actuaciones. Al contrario, son evidentes los efectos negativos en las políticas sociales y económicas a causa del reciente crecimiento y centralización del Estado. A menudo obstaculizan la mejora de los servicios públicos y llevan aparejado un concepto del ciudadano corriente profundamente insultante.

La situación real se ha visto muy oscurecida por el discurso político. En concreto, con Tony Blair los laboristas consiguieron acumular un capital político extraordinario al definirse como el partido de la compasión y de la “justicia social” frente a los conservadores, supuestamente insensibles ante estos asuntos. Es innegable que se avanzó significativamente en el tratamiento de las minorías y de la discriminación. Sin embargo, bien mi-

rado, su propio historial de justicia social –independientemente de cómo la definamos– se vio muy perjudicado.

Por ejemplo, tomemos la desigualdad. Con respecto a la medida estándar de la economía, la fuerte redistribución de los ingresos entre 1997 y 2008 casi no mejoró la igualdad económica general. De hecho, en este periodo empeoró ligeramente y esto de por sí debería ser causa de preocupación. Si una iniciativa sería y rigurosa para redistribuir los ingresos durante el mayor periodo de prosperidad en tiempos de paz de toda la historia del Reino Unido no ha logrado conseguir una mejoría general real, es evidente que el desafío a largo plazo es muy serio y que habrá que pensar cosas nuevas.

Entre tanto, a pesar de haber logrado algunas cosas positivas, también se debería recordar que la expansión del Estado con el laborismo perjudicó activamente y de varias formas a la justicia social. Como consecuencia de ello, se creó un sistema de subsidios y prestaciones increíblemente complejo que la gente pobre apenas logra entender; un sistema de ahorro que a menudo lo desincentiva; una policía que en lugar de mirar hacia el exterior, a las comunidades locales desfavorecidas, se miraba a sí misma; “bonos-bebé” que, al menos al principio, entregaban doce veces más dinero a los niños acomodados que a los pobres; un sistema de vivienda con pisos más pequeños y con menos espacios verdes; escuelas que tenían más edificios nuevos pero menos libertad para enseñar; un sistema de justicia para la delincuencia que ofrecía menos acceso a las víctimas; y un NHS que luchaba por mejorar su rendimiento sabiendo que disminuir la productividad significaba menos operaciones, menos tratamientos, más enfermedad y más muertes tempranas.

Se calcula que el Reino Unido tiene 4,2 millones de cámaras de seguridad, más que cualquier otro país a excepción de la China comunista. Algunos de los derechos más fundamentales de los ciudadanos británicos han sido deliberadamente perjudicados, mientras que una gran cantidad de normas nuevas fomentan la falta de honradez y el fraude menor. La movilidad social ha descendido. Mientras tanto, otros 3,8 millones de personas en el Reino Unido han ingresado en el sistema impositivo, 2,7 mi-

llones de ellas entre los menos acomodados, y la quinta parte más pobre de la población paga un porcentaje superior en el impuesto de la renta que los más ricos. ¿Dónde está aquí la justicia social?

Por todo ello, quizá no deba sorprendernos que la confianza popular en el Gobierno haya descendido a cotas mínimas históricas, ya antes del último escándalo sobre los gastos parlamentarios. Esto no es sólo cuestión de una caída de la participación en las elecciones. Lo que debería preocupar más que cualquier otra cosa es cómo esta falta de preocupación se reparte, a grandes rasgos, según líneas de edad, raza e ingresos. En las elecciones generales de 2005, sólo votó el 37% de los jóvenes entre 18 y 24 años, a diferencia del 75% de los mayores de 65 años. Entre los negros o los pertenecientes a alguna minoría étnica, votó el 47%; entre los blancos, el 62%. Entre los pertenecientes a las clases sociales D y E, votó el 54%; entre las clases A y B, votó el 70%.

En contraste con lo que se suele pensar, la cuestión para estos grupos no reside en una supuesta dificultad para votar. Tampoco se trata de que a los votantes sencillamente no les importen las cuestiones diarias; sí les importan, como podemos ver por la política monotemática, actualmente en auge. No, la cuestión para muchos votantes es si vale la pena votar. Parece que el contrato social fundamental –el pacto implícito mediante el cual las personas cambian seguridad por participación social– empieza a resquebrajarse. En lugar de representantes elegidos, ven una clase política y de medios homogénea que ha perdido su conexión democrática con los votantes comunes y que, por lo tanto, ha perdido la legitimidad y autenticidad política que crea la democracia.

LA GRAN SOCIEDAD

La respuesta de los conservadores a estas cuestiones interrelacionadas ha sido la Gran Sociedad. El líder de los conservadores, David Cameron, reclamó por primera vez una “Gran Sociedad” en la conferencia Hugo Young de noviembre de 2009:

“El tamaño, alcance y papel del Gobierno británico ha llegado a un punto en el que ahora inhibe, no desarrolla, los objetivos progresistas de reducción de la pobreza, lucha contra la desigualdad y aumento del bienestar general. En efecto, existe la preocupante paradoja de que, dado su efecto en la responsabilidad social e individual, el reciente crecimiento del Estado no ha promovido la solidaridad social sino el egoísmo y el individualismo”.

Pero un Gobierno más pequeño no era el remedio automático para la atomización social:

“En su lugar, necesitamos volver a reflexionar cuidadosamente sobre el papel, así como sobre el tamaño, del Estado [...] ayudando activamente a crear la Gran Sociedad; directamente agitando, catalizando y galvanizando la renovación social.

Nuestra alternativa a un Gobierno grande no es el no-gobierno, una versión recalentada del *laissez-faire* ideológico. Tampoco un Gobierno más inteligente. Nuestra alternativa al gran Gobierno es la Gran Sociedad.

Ya existen los empresarios sociales y los activistas comunitarios. Pero la Gran Sociedad también necesita la participación de ese porcentaje significativo de la población que antes ni participaba, ni tenía el deseo de hacerlo.

Si no nos desviamos de este camino y cambiamos este país lograremos tener una vida nacional aumentada con significado y responsabilidad mutua. Lo sentiremos en la fortaleza de nuestras relaciones, la educación y cortesía con que nos tratemos”.

La mayoría de los eslóganes políticos tienen un ciclo de vida de días u horas. Y sin embargo está claro que la idea de la Gran Sociedad ya está arraigando en la mente pública.

Pero, ¿qué es exactamente la Gran Sociedad? ¿Qué significa? ¿Es un “regreso a una visión del Estado del bienestar propia del siglo XIX o de los EE.UU.” (Ed Miliband), una “tontería paternalista” (Julia Goldsworthy) y una “gran mentira” (Polly Toynbee)? ¿O deberíamos gritar dos hurras y medio por ella como el Arzobispo de Canterbury? ¿Se trata meramente de un eslogan de los asesores de comunicación para proporcionar cobertura

política a los salvajes recortes en los servicios públicos, o es algo más positivo y profundo? ¿Es desesperadamente ingenuo por lo que espera de la sociedad, o una respuesta realista a los problemas actuales sociales y económicos?

Estas preguntas han sido planteadas desde que esta idea adquirió importancia pública en la campaña conservadora para las elecciones generales de 2010. Han perseverado y el nuevo Gobierno de coalición ha situado la idea de la Gran Sociedad en el centro de su programa de gobierno. Los funcionarios han buscado detalles y delimitaciones. Los satíricos se han abalanzado sobre la Gran Sociedad calificándola de sueño, y han desechado a los *Tories* como unos *boy scouts* “buenistas” decididos a rescatar a la sociedad de sus supuestas carencias morales, quizá también disfrazando las propias. Y los laboristas no han dudado en rechazar la idea como un timo, nada menos que como una estratagema thatcherista para dejar al Estado en los huesos y destruir el tejido social.

Entre tanto, diferentes comentaristas se han afanado en dar la bienvenida o menospreciar la Gran Sociedad según sus respectivas tendencias o prejuicios. Ejemplo de ello es el respetado columnista de *The Guardian*, Jonathan Freedland, que escribió una columna en julio de 2010 en la que acusaba a la Coalición de ser como el dios Jano de dos caras y no tener un discurso claro, en lugar de considerar siquiera la posibilidad de que podría actuar de buena fe desde un punto de vista político humanitario, aunque él no pareciera entenderlo.

Una semana más tarde volvía a escribir sobre el mismo tema. Esta vez aceptaba que “hay una buena idea en la Gran Sociedad de Cameron que grita por salir”, una idea a la que los laboristas no deberían oponerse. En vez de ello, sugería, los laboristas deberían hacer uso de sus propias costumbres y cooptar la idea. Son siete días los transcurridos entre denuncia y alabanza, cuyo contenido total intelectual se resume en que la Gran Sociedad es una mala idea y, si no lo es, entonces es una idea laborista. Si éste es el efecto en alguien tan capaz como Jonathan Freedland, entonces se podría pensar que la idea de la Gran Sociedad desde luego necesita ser aclarada urgentemente.

Parte del problema es que llevamos mucho tiempo viviendo a costa de una dieta de recetas verticalistas y gobierno centralizado. Esto ha fomentado el error de pensar que si no existe una agenda clara, conducida y definida centralmente, y un eslogan genérico, entonces no hay política. Como resultado, políticos y expertos por igual simplemente han reunido a los sospechosos habituales.

Pero, al hacerlo, han ignorado lo que de verdad está sucediendo. El Gobierno de coalición no ha movido a los *Tories* a la izquierda ni a los liberales a la derecha. Se creó en las urnas y se selló con un referéndum sobre el voto alternativo. Pero será sostenido por la Gran Sociedad; por una visión compartida de renovación social y económica. Ambos partidos exploran una idea que no puede ser entendida recurriendo a etiquetas convencionales y categorías políticas de izquierda y derecha, lo que de aquí en adelante abre espacios inimaginados para la política y el debate, y que podría suponer la reforma más profunda de la relación entre el individuo y el Estado de los tiempos modernos.

Pero esa idea compartida también será el pegamento que mantendrá unido al actual Gobierno. Es la nueva posición de centro de la política británica.

Además, pocas o ninguna de las típicas críticas recibidas son ciertas. Como se verá, la Gran Sociedad no es demasiado vaga ni está vacía, ni como idea ni como programa político. Busca mejorar nuestros servicios públicos, no reducirlos. No está ideológicamente opuesta al Estado, sino que está profundamente preocupada –sobre la base de pruebas abrumadoras– por la capacidad del Estado para satisfacer las necesidades sociales y mantener a la sociedad británica.

La Gran Sociedad, en última instancia, no es una idea de izquierdas o de derechas como tal. Pero por encima de todo se opone al fabianismo de “el Estado es lo primero” del actual partido laborista. A principios del siglo XX, la izquierda británica era una masa ingente de diferentes tradiciones intelectuales y sociales que abarcaba el socialismo corporativo, el inconformismo religioso, la disensión civil y el sufragio, varios matices de marxismo y comunismo, y las mutualidades, cooperativas y asociaciones. Una plura-

lidad tan asombrosa no estaba abocada a producir como resultado un partido político que lleva cincuenta años recalcando por encima de todo la prestación de los servicios públicos por parte del Estado. No, éste fue el efecto de la conquista fabiana del laborismo.

Así, la razón por la que los laboristas y sus apologetas se oponen visceralmente a la Gran Sociedad es doble. En primer lugar, porque responde directamente a la enorme preocupación pública sobre el estado de la sociedad británica y su economía; y en segundo lugar, porque el fabianismo dominante en el laborismo impide que éste utilice los recursos y enfoques intelectuales que le permitirían formular una respuesta. En palabras de Simon Jenkins, el laborismo está atrapado en el “planeta 1945”. La cooptación no es una opción.

Entonces, ¿cuál es el argumento de la Gran Sociedad? Fundamentalmente, éste tiene dos hilos conductores entrelazados que se centran en el Estado y el individuo. Empecemos con el Estado. ¿Funciona? ¿Sirve para atender los problemas sociales y económicos del siglo XXI? ¿Puede mantenernos como nación cuando enfermamos, cuando estamos sin trabajo o cuando nos retiramos? ¿Puede educarnos y protegernos debidamente? ¿Y si lo puede hacer a día de hoy, podrá hacerlo mañana?

Cada vez son más numerosas las pruebas que indican que el Estado, en su forma actual, es manifiestamente incapaz de acometer esta tarea, desde las pensiones a la educación, pasando por la vivienda y las prestaciones sociales. En efecto, la idea del Estado como el remedio para los problemas sociales y económicos ha tocado techo. Lo que resulta más chocante es la pobreza del debate político de estas cuestiones, y lo dependiente que somos de un único modelo inflexible de prestación estatal de servicios públicos para resolver nuestros males sociales. Pero si esto es así, entonces la necesidad de concebir un enfoque alternativo no es una opción, es una obligación, y, de hecho, urgente. Y es una obligación no *a pesar*, sino precisamente *porque* nuestros servicios públicos son muy importantes, y porque es muy importante mejorarlos y desarrollarlos.

Entonces, lo que necesitamos es una nueva visión de la sociedad: una base intelectual humanista, de principios y a largo plazo, para nuestra re-

novación social. Esto no es sólo cuestión de crear nuevas políticas o contratar personal nuevo. Al contrario, requiere la creación de un nuevo punto de vista político: un replanteamiento de las categorías fundamentales del debate político y de la naturaleza de la sociedad desde los primeros principios, para poder aproximarnos a todo el espectro de cuestiones y preocupaciones públicas empezando de cero, de una forma fresca e intelectualmente solvente. En el núcleo de todo figura la idea de lo que en 2006 denominé una “sociedad conectada”. Esto no enfatiza la polaridad bidireccional del Estado frente al individuo, sino una relación de triple dirección que permite un Estado, un individuo activo y que vincula a las instituciones.

Un resultado de este cambio de perspectiva ha sido que gran parte del pensamiento político actual se ha vuelto altamente sospechoso. Recuerda a la derecha política que debe evitar las metáforas geográficas; porque lo que está en juego realmente no es estático ni cuantitativo, en el territorio supuestamente cedido o ganado por replegar el Estado; sino dinámico y cualitativo, un bienestar social y económico mejorado. Pero su verdadero impacto recae en la izquierda política, cuya continua ecuación de los intereses del Estado y de la sociedad ha demostrado ser un error intelectual catastrófico. Desde luego, no es exagerado afirmar que mientras el laborismo permanezca atrapado por este error fabiano, su actual falta de ideas y dirección no será simplemente un accidente de corta duración, sino la consecuencia inevitable de sus supuestos fundamentales. Ignorar este flagrante vacío intelectual y asumir que la política actual está como siempre sería el mayor error que Ed Miliband podría cometer.

Hablar sobre las ideas suele inquietar bastante a los políticos: como dijo el gran Ernie Bevin, ya fallecido, “si abres esa caja de Pandora, quién sabe qué caballos de Troya saltarán de ella”. Pero claro, desechar ideas en realidad significa seguir una idea. Las ideas siempre son las que mandan. En concreto, tenemos teorías bien desarrolladas de la acción estatal en la política, diplomacia, teoría de juegos y economía. Tenemos teorías bien desarrolladas de la acción individual en ética y en psicología. Lo que nos falta son teorías bien desarrolladas con las que entender y explicar la conducta de las instituciones.

Sin embargo, ya sabemos lo suficiente como para hacer una conjetura audaz con algo de confianza. Se trata de que incluso una transformación lenta de este país en una sociedad más interrelacionada liberaría cantidades asombrosas de energía y capital social. En la actualidad esta energía yace prisionera bajo la superficie de la sociedad británica; retenida por la diferencia, la división de clases, las regulaciones, la pobreza, las teorías insensatas y la falta de imaginación política. Ya es hora de liberarla y ponerla en marcha.

ECONOMÍA RIGOR MORTIS

Por lo tanto, la Gran Sociedad tal y como se ha concebido aquí no es un simple eslogan político. Es, en estos momentos, un intento en gran medida instintivo de aprovechar y liberar la energía social latente. Su contraparte intelectual deberá considerar detenida y rigurosamente las ideas de una sociedad libre y de instituciones libres, para proporcionar una anatomía a la nueva política.

Para hacerlo, no sólo necesitamos una visión mejor de la sociedad; necesitamos una mejor comprensión del individuo, de lo que significa ser humano. Nuestra visión se ha visto distorsionada por una idea de la economía recibida de los libros de texto, que ha distorsionado la política pública y socavado nuestra identidad cultural.

En concreto, se necesita decir mucho más sobre nuestros supuestos fundamentales que sobre la propia economía. A partir de los años setenta el Gobierno británico y el público en general se volvieron mucho más conocedores de la economía. Pero crecieron con una idea de la economía que respondía a la caricatura estándar de libro de texto de los setenta, y con un concepto del hombre económico como un ser absolutamente racional y únicamente interesado en sí mismo. La famosa sentencia de Keynes de que “los hombres prácticos [...] son normalmente esclavos de algún economista difunto” se ha aplicado con fuerza. Excepto que, en este caso, el que los ha esclavizado, y a nosotros también, no ha sido un economista sino todo un modelo económico estándar.

Esta economía *rigor mortis* ha tenido dos efectos desastrosos. El primero es político: ha reforzado increíblemente una tendencia de treinta años para instaurar una mayor centralización y microgestión en el Gobierno. Con el laborismo, una gran parte de las Administraciones, y en concreto el Ministerio de Economía, adoleció de una visión estrecha y tecnocrática de la sociedad. El resultado ha sido una ampliación del sistema impositivo y de prestaciones para que incluya casi al 70% de la población adulta de este país, una obsesión con la fijación y el seguimiento de objetivos de rendimiento, y una interminable manipulación de los programas en respuesta a nuevas iniciativas o tretas políticas. En el conjunto del sector público, esto ha ayudado a crear una cultura de baja innovación y baja productividad.

Lo que normalmente sucede es que un grupo concreto de personas se identifica como necesitado de “intervención” del Estado. El grupo se especificará matemáticamente y se modelará financieramente según sus ingresos o activos. Finalmente, los incentivos económicos a los que el grupo se enfrente serán ajustados por el Ministerio de Economía a través de los impuestos y las prestaciones o a través de otras decisiones de gasto público.

Esta deprimente doctrina económica concibe el mundo humano como estático, no dinámico: como un mundo de ingeniería social fija, no de creación, descubrimiento y competencia. Provoca un daño enorme a nuestra economía y sociedad. Intelectualmente, no puede ser correcta. Y, sin embargo, tiene sus partidarios. Se pueden defender señalando a sus modelos matemáticos y preguntando por errores en el razonamiento. Hasta que los críticos puedan explicar qué ha fallado, y cómo y por qué la economía debe reinsertarse en un debate social y cultural más amplio, les faltarán los recursos teóricos para implantar una visión política alternativa.

Pero el argumento también es sobre nosotros, sobre nuestra cultura e identidad: el otro lado de la Gran Sociedad. Si el conocimiento recibido de la economía presente en el Gobierno es radicalmente incompleto, cuánto más lo será en el conjunto de la sociedad. Hemos crecido diariamente condicionados en pensar en los seres humanos como los “agentes” de los libros

de texto de economía: interesados únicamente en sí mismos, incesantemente calculando costes y beneficios, y altamente concienciados de las ganancias y pérdidas marginales. Y parte de los logros de los economistas a partir de Adam Smith es explicarnos por qué esto está bien y cómo el egoísmo individual puede convertirse en bienestar social.

Pero tenemos un problema cuando esta imagen económica retorna y se convierte en nuestra imagen por defecto de la innovación humana. Porque en lo más profundo sabemos que esta imagen es errónea. Sabemos que vulgariza nuestra vida pública, mina la confianza y degrada nuestras expectativas cívicas. Sabemos que hay aspectos rutinarios de nuestra vida diaria, como el voluntariado o la filantropía, que esta imagen no puede explicar apropiadamente. Sabemos que hay virtudes como la lealtad y el pensamiento a largo plazo que parecen ir totalmente en contra de dicha imagen.

El resultado es que nos inquietamos por la atomización de la sociedad, la comercialización de la cultura humana y lo poco que esperamos de los demás. Invertimos de más en recetas para la felicidad mal concebidas. Anhelamos sin descanso aquello que ya se sabe que el dinero no puede comprar: amor, amistad, alegría. Sin embargo, sin una imagen alternativa de lo que es un ser humano, no podemos librarnos de nuestros supuestos. Esta es la parte intelectual de la reflexión sobre una sociedad libre e instituciones libres.

En lugar de ello, necesitamos tomarnos mucho más en serio la idea de la capacidad humana. Las instituciones independientes y los individuos tienen capacidades para gobernar, para reunir a las personas, para jugar, para aprender, para actuar, para pensar. Las capacidades requieren libertad para poder desarrollarse y una medida de riesgo. Se pueden ejercitar bien o mal, de forma sagaz o insensata, virtuosa o corrupta. Alimentan y a la vez se alimentan de la cultura de la apertura, de la disensión y del espíritu empresarial. En efecto, para comprender la idea de responsabilidad en la que David Cameron ha puesto tanto énfasis público se necesita tener una noción de lo que significa tener capacidades.

Sin embargo, la comprensión pública actual de la teoría económica prácticamente ignora la idea de capacidad y permanece anclada en los libros de texto de los años setenta. Así, tenemos ironía sobre ironía. Cuanto más matemática era la economía, menos la entendía el individuo medio cuya conducta trataba de explicar. Cuanto menos entendida era, más prestigio adquiría. Cuanto más prestigiosa era, más gente quería estudiarla. Una teoría dedicada a explicar los mercados y la competencia consiguió crear un monopolio virtual en su propio mercado. Con cada giro en el camino, la teoría económica se alejaba más y más del mundo real. Y justo en su apogeo, en el punto en que más alejada estaba de la vida humana en toda su infinita variedad, la teoría económica estándar se introdujo en el Gobierno británico y la conciencia pública británica. Y ahí ha permanecido, y crecido.

En esta visión del mundo se ha purgado cada elemento contextual de la perspectiva original de Adam Smith. Ya no existe ni la gente, ni el tiempo, ni el lugar. La razón se reduce a simples cálculos. Lo que queda es un mundo perfecto, con mercados perfectos, formados por una competición perfecta: una versión económica del Nirvana que poco tiene que ver con el mundo que nos rodea cada día.

En su lugar, en palabras de Auden, no hay olivos, viñedos y ciudades bien gobernadas, sino “Un yermo artificial / Y un cielo de plomo. / Una planicie sin nada distintivo, desnuda y marrón, / Ninguna hoja de hierba, ningún signo de vecindad, / Nada para comer y ningún lugar donde sentarse”. Será necesaria una Gran Sociedad y una revolución a largo plazo para corregirlo.

PALABRAS CLAVE

Sociedad civil • Conservadurismo • Formas actuales de pensamiento antiliberal • Socialismo • Estado del Bienestar

RESUMEN

En este artículo Jesse Norman pone de manifiesto las preocupaciones sociales y políticas que llevaron a David Cameron a enarbolar el mensaje de la Gran Sociedad. Así, la actual idea de Estado como remedio a todos los problemas sociales y económicos heredada del laborismo se ha hecho impracticable. Como respuesta, los conservadores británicos, a los que Jesse Norman pertenece, proponen otorgar un nuevo papel protagonista a la sociedad como instrumento para la renovación social y económica.

ABSTRACT

Jesse Norman highlights in this article the social and political concerns that led David Cameron to fly the message of the Big Society. The present idea of the State as a remedy for all social and economic problems inherited from the Labour Party has become impracticable. In response, the British Conservatives, to whom Jesse Norman belongs, suggest providing a new leading role to society as a tool for social and economic renewal.